

EL DATIVO LATINO EPIGRAFICO EN \bar{a}

A M. F.-Galiano *

The latin epigraphic dativ in \bar{a} is not the result of a phonetic process, but likely it is a further step in the analogical process of levelling of the case marking of masculine *o/e*-stems and feminine \bar{a} -stems.

I

El latín clásico tiene en el dativo de singular de los femeninos en \bar{a} la desinencia *-ae*, cuyo precedente inmediato *-ai* está bien documentado epigráficamente. Pero en la epigrafía hay una forma alternativa *-a* (*/-ā/*), presente ya desde el s. IV a. C., que ha merecido la atención reiterada de diversos lingüistas.

Dos son los problemas que plantea esa desinencia: el de su origen y el de su posición dialectal. De ese segundo punto se ha ocupado últimamente Lazzeroni¹. En este trabajo yo me ocuparé del primero. No obstante, de la exposición misma de los datos se desprenderán inevitablemente algunas consideraciones relativas a la extensión dialectal del rasgo estudiado.

II. LOS DATOS LATINOS

A) Cuadro de los datos latinos de época republicana

Edición	Lugar	Fecha	Texto
CIL I ² 460	Roma		Menerua
CIL I ² 477	Roma		Flaca
CIL I ² 480	Roma		Statia
CIL I ² 41	Nemi (Lacio)		Diana
CIL I ² 43	Nemi (Lacio)		Diana

* Me sumo con este trabajo al Homenaje a mi amigo el Prof. M. F.-Galiano, a cuyo volumen conjunto no tuve ocasión de contribuir.

¹ R. Lazzeroni 1962 y 1965.

<i>Edición</i>	<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>	<i>Texto</i>
<i>CIL</i> I ² 44	Nemi (Lacio)		Diana
<i>CIL</i> I ² 45	Nemi (Lacio)	III a. C.	Diana
<i>CIL</i> I ² 1434	Nemi (Lacio)		Diana
<i>CIL</i> I ² 2444	Nemi (Lacio)		Diana
<i>CIL</i> I ² 60	Preneste (Lacio)	III a. C.	Fortuna Fileia Primocenia
<i>CIL</i> I ² 1445	Preneste (Lacio)	II a. C.	Fortuna
<i>CIL</i> I ² 2439	Preneste (Lacio)		Palosticaria
<i>CIL</i> I ² 359	Norba (Lacio)	III a. C.	Loucina
<i>CIL</i> I ² 360	Norba (Lacio)	III a. C.	Loucina
<i>CIL</i> I ² 362	Agro Pomptino (Lacio)		Loucina
<i>CIL</i> I ² 2438	Minturno (Lacio)	III-II a. C.	Marica
Degrassi 10	Ardea (Lacio)	III a. C.	Parca Maurtia
Degrassi 11	Ardea (Lacio)	III a. C.	Neuna
Degrassi 12	Ardea (Lacio)	III a. C.	Neuna Fata
<i>JRS</i> 50, pp. 112-18	Ardea (Lacio)	IV a. C.	Aineia
<i>CIL</i> I ² 1581	Capua (Campania)	II a. C.	Lucina Tuscolana
<i>CIL</i> I ² 1582	Capua (Campania)		Tuscolana
<i>CIL</i> I ² 1592	Capua (Campania)		Dionysia
<i>CIL</i> I ² 1621	Puteoli (Campania)		Fortuna
<i>CIL</i> I ² 365	Falerii (Etruria)	post 241 a. C.	Menerua
<i>CIL</i> I ² 1993	Visentium (Etruria)		Regina
<i>CIL</i> I ² 2629	Veio (Etruria)	III a. C.	[M]ineruia
Degrassi 237	Veio (Etruria)	III a. C.	Menerua
<i>CIL</i> I ² 442	in agro Hortano (Etruria)		Coera
<i>CIL</i> I ² 580	Cortona ? (Etruria)	IV a. C.	Mursina
Degrassi 93b	in agro Capenate (Etruria)	± 211 a. C.	[Fe]ronea
<i>CIL</i> I ² 5	Lago Fucino (Samnio)		Actia
<i>CIL</i> I ² 1848	L'Aquila (Samnio)		Feronia
<i>CIL</i> I ² 380	Piceno		Nomelia
<i>CIL</i> I ² 371	Pisaurum (Umbría)	II a. C.	Loucina
<i>CIL</i> I ² 374	Pisaurum (Umbría)	II a. C.	Marica
<i>CIL</i> I ² 377	Pisaurum (Umbría)	II a. C.	Feronia
<i>CIL</i> I ² 379	Pisaurum (Umbría)	II a. C.	Matuta
Degrassi 54	Manduria (Calabria)	post 244 a. C.	Menerua
<i>CIL</i> I ² 2221	Monte Eryce (Sicilia)		Erucina
<i>ZPE</i> 43, pp. 1-12	Hispania	III a. C.	Menruea
<i>CIL</i> I ² 2233	Delos		Minerua
<i>CIL</i> I ² 2239	Delos		Maia

B) Cuadro de los datos latinos de Época Imperial

<i>Edición</i>	<i>Lugar</i>	<i>Texto</i>
<i>CIL</i> VI 4816	Roma	Saluidena
<i>CIL</i> VI 5020a	Roma	sua
<i>CIL</i> VI 5683	Roma	Pescennia
<i>CIL</i> VI 5691	Roma	Titieina

<i>Edición</i>	<i>Lugar</i>	<i>Texto</i>
<i>CIL VI 6114</i>	Roma	Herclida
<i>CIL VI 21.227</i>	Roma	Glaphyra
<i>CIL VI 28.978</i>	Roma	Dama
<i>CIL IX 1084</i>	Samnio	Cereria
<i>CIL II 377</i>	Hispania	Augustina
<i>CIL II 4963</i>	Hispania	Borea
<i>EE 8.1898</i>	Hispania	Frouida
<i>EE 9.1903</i>	Hispania	Deanefa
<i>CIL VII 36</i>	Britannia	Nemetona
<i>CIL VII 46</i>	Britannia	Dea Diana Sacratissima
<i>CIL VII 266</i>	Britannia	Titia Pintia
<i>CIL VII 580</i>	Britannia	Dea
<i>JRS 55, p. 222</i>	Britannia	Mamma
<i>RIB 1531</i>	Britannia	Couetina Augusta
<i>CIL VIII 21.553</i>	Mauretania	Aulurula
<i>CIL III 1468</i>	Dacia	Femina
<i>CIL III 3853</i>	Dalmatia	sua
<i>CIL III 9780</i>	Dalmatia	Viuia
<i>CIL XII 865</i>	Galias	Hilara

C) Algunos casos dudosos o descartables

1. *CIL I² 480: Statia catino*. Puede interpretarse *Statia* como genitivo o como dativo. Lazzeroni y Alföldy no lo incluyen entre los ejemplos de dativo en -ā. Blümel lo recoge como inseguro².

2. *CIL I² 2439: Palosticaria*. El problema que plantea es de lectura, cf. Vetter 510. Lazzeroni lo acepta. Blümel lo da como dudoso. Alföldy no lo toma en consideración.

3. *CIL I² 1581: Iunone Loucina Tuscolana*. Lo incluyen tanto Lazzeroni como Blümel y Alföldy. Sin embargo, Lazzeroni lo califica en nota de «incerto». Desde mi punto de vista no admite ningún reparo sólido. Más problemas plantea *CIL I² 1582*, piedra muy semejante y de la misma procedencia que la discutida en este apartado, pero fragmentada, en la que se lee ... OLANA. Esa inscripción fragmentada no es citada por Lazzeroni, Blümel ni Alföldy.

4. *CIL I² 1592*. La sintaxis de esta inscripción es un tanto confusa. Blümel da como dudoso un dativo *Dionysia*. Lazzeroni y Alföldy no la toman en consideración. Otros citan *Lyssa* como otro posible dativo en -ā.

² R. Lazzeroni 1965, pp. 80-81, n. 63; G. Alföldy 1981, pp. 11-12; W. Blümel 1972, p. 43.

5. *CIL I² 1621: Fortuna*. Este testimonio es calificado por Lazzeroni y Blümel como inseguro. Alföldy no lo toma en consideración. El texto completo es *Arellia Fortuna Mater*. Aparece inscrito en un ala de bronce que parece haber pertenecido a una estatua. Esa circunstancia y la presencia de *Mater* llevan a interpretar aquí *Fortuna* como nominativo.

6. *CIL I² 365: Menerua sacru*. El carácter dudoso de este ejemplo tiene un doble motivo. Por una parte, la filiación latina o falisca del texto. Por otro, la identificación de *Menerua* como genitivo o como dativo. Lazzeroni lo considera dativo y latino. Igualmente proceden Blümel y Alföldy (cf. Vetter 320). Sobre la posibilidad de que se trate de un genitivo, cf. G. Giacomelli 1963, p. 139 ss.; 1978, p. 533.

7. *CIL I² 378*. No lo he incluido en la lista de los ejemplos ya que la inscripción dice *IVNONE REC*, tras lo que hay una fractura en la piedra. A veces se cita como testimonio de dativo en *-ā* por el paralelismo que presenta con otros cipos de Pisaurum con tales dativos. Con razón lo excluyen Lazzeroni, Blümel y Alföldy.

8. *CIL I² 2629: [M]ineruia*. Lazzeroni lo excluye por interpretarlo como un error por *Mineruai*. Blümel lo considera dudoso. En cambio Alföldy lo acepta como testimonio.

9. *CIL I² 442: Coera*. No lo toman en consideración Lazzeroni, Blümel ni Alföldy. El texto completo es *Coera pocolo*, un esquema paralelo al de *Statia catino* (*CIL I² 480*) ya citado, cuya misma interpretación como genitivo admite.

10. *CIL V 1684*. No puede tomarse en consideración este testimonio, a veces citado, ya que tras *[M]ARTINIA* la piedra está fracturada. Con razón lo excluyen Lazzeroni, Blümel y Alföldy.

11. *CIL I² 380: Nomelia*. La piedra está fracturada tras *NOME*. Sin duda es ésa la razón por la que este testimonio no es retenido por Lazzeroni, Blümel y Alföldy. Sin embargo, el fragmento que contenía las tres letras finales (*LIA*) existía y se perdió en tiempos modernos. Su existencia y lectura están garantizadas como consta en la edición de *CIL I²*. En consecuencia, debe retenerse.

12. *CIL I² 5: Actia*. A veces se rechaza como ejemplo no latino, sino marso. Tanto Lazzeroni como Blümel lo consideran latino. Alföldy lo excluye. Cf. Vetter 228a.

13. *CIL I² 2221: Erucina*. Este ejemplo era citado por Sittl³ y Hehl⁴ (= *CIL I 1475*). El texto completo dice *VENEREI ERVCINA*, pero tras ello

³ K. Sittl 1882, pp. 2-3.

⁴ A. Hehl 1912, p. 31.

hay una fractura. Por otra parte, *CIL* I² 2222, inscripción paralela y de la misma procedencia, dice *ERVCI*NAI. No hay, pues, razón alguna para mantener *CIL* I² 2221 como testimonio de dativo en \bar{a} . Lazzeroni, Blümel y Alföldy prescinden con razón de este supuesto testimonio.

14. *CIL* VIII 21.682: *Lorida*. Citada por Hehl⁵ como ejemplo tardío, debe descartarse ya que se trata de un genitivo: *Memoriae Aureliae Lorida*...

15. *CIL* I² 378: *Matrona*. Normalmente es tenido por nom. pl.; Kajanto ha propuesto interpretarlo como dat. en \bar{a} ⁶.

D) Observaciones sobre los datos latinos

Mientras que los dativos en \bar{a} de época arcaica están satisfactoriamente inventariados, los procedentes de provincias y época imperial distan mucho de ser completos.

Como ejemplo de lo que digo puede servir el de Britannia. Habitualmente solían manejarse dos dativos en \bar{a} procedentes de esa provincia (*Nemetona* *CIL* VII 36 y *sacratissima* *CIL* VII 46). Gracias a un trabajo reciente sobre el latín de Britannia⁷, el número de inscripciones con ese tipo de testimonio ha ascendido a seis y el número de dativos en \bar{a} a diez, con lo que Britannia se convierte en una zona con un testimonio de los más numerosos.

Algunos ejemplos más procedentes de la ciudad de Roma, explicados como errores de cualquier índole, pueden encontrarse en un trabajo de Konjetzny⁸.

La novedad más importante, sin embargo, sobre el inventario de datos utilizado por Lazzeroni, Blümel y Alföldy es el ejemplo arcaico procedente de Hispania: *Menrua* (s. III a. C.)⁹.

A pesar de ello sigue siendo verdad, en líneas generales, la apreciación de Lazzeroni de que la máxima concentración de dativos en \bar{a} se da en el Lacio y zonas adyacentes, en la lengua preclásica no urbana.

No obstante, y aun admitiendo una colonización latina no urbana de Pisaurum, hay ejemplos un poco por doquier en suelo italiano: Campania, Etruria, Piceno, Calabria, aparte de Umbría (Pisaurum).

⁵ A. Hehl 1912, p. 31.

⁶ I. Kajanto 1967, p. 76.

⁷ C. Smith 1983.

⁸ W. Konjetzny 1908, p. 309.

⁹ G. Alföldy 1981.

La tesis de Lazzeroni consiste en ver en este dativo en *-ā* un rasgo dialectal del latín no urbano. Los ejemplos que él manejaba de fuera del Lacio serían fruto de la colonización de los correspondientes territorios por elementos laciales no romanos (así Delos, Pisauro, Samnio, y en la misma Campania, donde *Loucina Tuscolana* revelaría por sí misma su origen lacial).

Con los nuevos datos que aquí presento, principalmente el de Hispania, así como los de otras localidades itálicas, esa tesis de Lazzeroni no queda invalidada, pero sí probablemente necesitada de algún retoque y precisión.

De otra parte, la abundancia de ejemplos británicos reclamaría, tal vez, algún retoque más. En efecto, Lazzeroni tendía a considerar los ejemplos de época imperial como un fenómeno distinto, que prenunciaba ya el declive de la declinación latina; y en cualquier caso serían muy diferentes de los itálicos de la época arcaica por estar integrados en modalidades de sintagmas muy diferentes. Pero la nueva lectura de *CIL V 46* en *BIB 138* revela que *Dea Diana sacratissima* es un sintagma muy parecido al de los ejemplos preclásicos de Italia.

Meister¹⁰ había supuesto que los dativos en *-ā* eran vulgarismos. Esa opinión, que tuvo una cierta aceptación, es rechazada por Lazzeroni, que considera poco probable que ese rasgo represente «i prodromi nel II secolo av. Cr. della crisi preromanza del sistema flessionale latino».

Esa crítica a la opinión de Meister es injustificada, como en cierta medida reconoce el propio Lazzeroni¹¹. Coincido con Lazzeroni en que estos dativos, que se dan desde el s. IV a. C., no pueden en modo alguno ser resultado de un decaimiento «prerromance» de la flexión nominal. Pero tal vez no fuera ésa la opinión de Meister tampoco.

Es evidente que vulgarismos puede haberlos en cualquier lengua de cualquier época. Y sin conceder al término «vulgar» otro alcance que ése, no hay una contradicción necesaria entre la calificación del dativo en *-ā* como vulgarismo y su preferente adscripción al área lacial no urbana. En efecto, puede tratarse de un vulgarismo (es decir: de una forma alternativa del dativo femenino, propia del habla de la gente iletrada, etc.) que tuvo una particular pujanza en esa zona y tal vez surgió por vez primera en ella y desde ella irradió hacia otras zonas.

En cualquier caso, no es mi intención profundizar más en este aspecto del problema ya que, como he dicho, el propósito central de este trabajo es el de discutir el origen del rasgo que nos ocupa.

¹⁰ K. Meister 1909, pp. 80-82.

¹¹ R. Lazzeroni 1965, nota 59.

III. DATOS EXTRALATINOS

A) *El dativo en -ā en otras lenguas itálicas*

Fuera del latín, las lenguas itálicas ofrecen una representación precaria del dativo en *-ā*. He aquí los datos, en su inventario máximo, que luego someteremos a crítica:

<i>Edición</i>	<i>Dialecto</i>	<i>Texto</i>
Vetter 203	Peligno	Pacia Minerua
Vetter 204	Peligno	Anaceta Ceria
Vetter 206	Peligno	Anaceta Ceria
Vetter 207	Peligno	Anacta
Vetter 208	Peligno	Anacta Ceria
Vetter 211	Peligno	Anceta
Vetter 218	Marrucino	Iouia
Vetter 245	Umbro	Trebo
Vetter 82	Oscos	Medikia (locativo)

A estos ejemplos a veces se añade *CIL I² Actia* como posible ejemplo marso. Como ya vimos, hoy suele considerarse latino.

Como puede verse, sólo el peligno presenta un cierto número de ejemplos. Lazzeroni hizo ver convincentemente¹² que todos los ejemplos sabélicos de dativo en *-ā* son latinismos. Concretamente los peligros pertenecen a inscripciones tardías (s. II a. C.) fuertemente latinizadas. El marrucino IOVIA sería o bien un error o bien se habría omitido la /I/ por razones de espacio. En cuanto al ya mencionado *Actia*, supuestamente marso, sería un latinismo y el dativo marso autóctono sería en *-e*.

Por su parte, tanto la forma umbra *Trebo* como la osca *Medikia* suelen recibir otra interpretación¹³.

No queda, pues, ningún testimonio cierto de dativo en *-ā* entre las lenguas itálicas, fuera del latín.

B) *El dativo en -ā en otras lenguas indoeuropeas*

Fuera del itálico existen dos candidatos a ser considerados otros tantos testimonios de dativo en *-ā*, que se encuentran respectivamente en mesapio y en algunas lenguas germánicas.

¹² R. Lazzeroni 1965.

¹³ R. von Planta 1897, pp. 94-95; E. Vetter s. u. *trebe* y 82.

Existen en la epigrafía mesapia unas formas como *Ana*, *Aprodita*, *Aprodta* que se venían considerando dativos. Pero Haas¹⁴ las interpretó como nominativos, mientras que supuso que el dativo sería en *-ahi* (*-aihi*)¹⁵. Como puede verse, los hechos no son concluyentes, están implicados problemas de corte de palabras y en consecuencia no puede considerarse probada la existencia en mesapio de un dativo femenino en *-ā*.

Entre las lenguas germánicas, el gótico y el inglés antiguo tienen como dativo femenino formas históricas que se retrotraen a *-*āi*. En cambio, a. nórdico, a. a. alemán y a. sajón parten de *-*ā*. Pero como el germánico es grupo dialectal con dativo-instrumental sincrético, normalmente se ha entendido que las lenguas germánicas que parten de *-*ā* presentan simplemente la desinencia de instrumental¹⁶.

El celta no presenta ningún dativo seguro en *-ā*. El galo tiene regularmente *-*āi*, al igual que el celtibérico, lepóntico e irlandés. Las formas del galo *Minerua* y *Sequana* (dativos), *in Alisia* (locativo), a más de ser escasas, son tenidas por latinismos o barbarismos¹⁷.

En resumen, podemos concluir, a la vista de los datos, que un dativo femenino en *-ā* es un hecho exclusivamente latino (a lo sumo también peligno). No tiene ningún paralelo que permita atribuir a esa forma una ascendencia indoeuropea, ni siquiera itálica o italo-celta¹⁸. Al tratarse de un hecho latino, la explicación del origen de esa forma deberá circunscribirse a los límites precisos de su presencia histórica.

IV. HISTORIA DE LA CUESTIÓN

La actitud más radical para explicar estos dativos epigráficos en *-ā* consiste en negarles su condición de dativos. Ésa es la tesis de Ribezzo¹⁹, para quien serían genitivos en *-ā(s)*. Esa opinión no se impuso, sin embargo. Véase una argumentación en contra en el ya mencionado trabajo de Lazzeroni²⁰.

¹⁴ O. Haas 1962, pp. 194-95.

¹⁵ V. Pisani 1964, p. 213 se manifiesta contrario a las tesis de Haas y prefiere seguir considerando dativos a esas formas.

¹⁶ K. Brugmann *Grundriss* II 2, p. 190; W. Streitberg 1963, p. 225 ss.; E. Prokosch 1939, pp. 235-36 y 244; cf. F. Villar 1981, p. 115.

¹⁷ R. Thurneysen 1975, pp. 188-89; U. Schmoll 1959, p. 41; M. Lejeune 1971, pp. 82-84; H. Lewis and H. Pedersen 1937, p. 168; etc.

¹⁸ Con esas expresiones no pretendo tomar partido sobre el espinoso problema de esas tradicionales lenguas comunes intermedias.

¹⁹ F. Ribezzo 1920.

²⁰ R. Lazzeroni 1965, pp. 66-69.

Una vez aceptado el carácter de dativo de estas formas, es difícil dejar de ver el paralelismo con el dativo temático latino en \bar{o} y, poniendo en relación el conjunto de las formas, no ver entre la desinencia de dativo femenino heredada $*ai$ y estas formas en \bar{a} la misma proporción que entre el dativo temático tradicionalmente reconstruido como $*\bar{o}i$ y el dativo latino en \bar{o} . Pero llama la atención el dispar tratamiento que el diptongo largo ha tenido en latín clásico entre el masculino en que da \bar{o} , y el femenino en que da ai (luego ae).

En efecto, estando ambos en idéntica posición, el uno pierde el segundo elemento, mientras que el otro abrevia el primero. La existencia de formas marginales (\bar{a} en los femeninos y oi en los masculinos) no podía dejar de ponerse en relación para intentar una explicación global de todos estos problemas.

El primer intento de explicación del dativo en \bar{a} del que yo tengo noticia lo formuló Mommsen²¹: el latín epigráfico habría perdido la i en la desinencia de dativo de las tres declinaciones, y así tendría a por ai , o por oi y e por ei .

Ritschl²² propuso, en cambio, un origen analógico para este dativo en \bar{a} , bajo el modelo de *populō*, *senatū*, *fidē*.

Estas dos líneas de explicación, la fonética y la analógica, van a reaparecer en los años sucesivos en formulaciones mejoradas.

En la etapa neogramática se impone la explicación más generalmente aceptada, que sigue contando en la actualidad con un asentimiento casi unánime²³: las formas \bar{a}/ai y \bar{o}/oi serían variantes de sandhi, generadas en el propio latín, de las desinencias indoeuropeas heredadas $*\bar{a}i$, $*\bar{o}i$. Tras una etapa en que alternan ambos dobles se generaliza ai (luego ae) en los femeninos y en cambio \bar{o} en los masculinos.

A pesar de tan amplio acuerdo, hubo desde muy pronto voces discrepantes. El ataque más sistemático a la explicación por sandhi fue obra de Bartholomae²⁴. Los principales argumentos que esgrime en su contra son:

1. El que se impongan resultados contrarios (ai , \bar{o}) en uno y otro tipo flexional no favorece esa explicación.

²¹ Th. Mommsen 1850, pp. 364-66.

²² F. Ritschl 1861, p. 603; 1859, pp. 379-418.

²³ K. Brugmann *Grundriss* I, pp. 911 y 916; F. Sommer 1948, p. 144; A. Ernout 1903-1906, pp. 322-23; 1953, p. 21; H. Hirt 1892, pp. 223-25; F. Solmssen 1911, pp. 197-209; M. Leumann 1963, p. 271 (con bibliografía); 1977, p. 410; A. Walde 1916, pp. 197-99; L. R. Palmer 1954, p. 241; V. Pisani 1962, p. 156; P. Monteil 1970, p. 169; etc.

²⁴ Chr. Bartholomae 1910.

2. Es conocida la tendencia en itálico a la igualación de las desinencias de la primera y la segunda declinación. Es inverosímil que si en un momento dado el latín contó con *-ai/-ā* y *-oi/-ō* se ejerciera una elección contraria en ambos.
3. Si se trata de un proceso meramente fonético, ¿por qué hay dativos en *-ā* pero nunca locativos en *-ā*, siendo así que este último caso era igualmente *-*āi*?
4. Bartholomae cree que habría que pensar no en un doblete de formas sino en tres para cada desinencia, si de un fenómeno de sandhi se tratara: *-āi/-ai/-ā*, ya que es necesario considerar que se mantiene la cantidad de *-*āi* para explicar a partir de ella el tratamiento *-ae*, frente a *-ī* de *-*ai*. En consecuencia, opina, *-ai* sería la variante antecorónica y *-*āi* en pausa. La forma *-ā* no sería una variante de sandhi.
5. Si en pausa *-*āi* se conserva, hay que concluir que paralelamente sucede con *-*ōi*. En consecuencia, en el dativo temático tendríamos *-*oi* como forma antecorónica y *-*ōi* en pausa. Tampoco *-ō* sería, pues, resultado de sandhi.

Esta crítica de Bartholomae a la explicación generalmente admitida, en la que no faltan aciertos, se ve complementada por una propuesta de explicación alternativa que, aunque tampoco carece de razón en ciertos puntos, presupone una reconstrucción del dativo temático indoeuropeo demasiado condicionada por hechos iraníes y que resulta por añadidura inaceptable. Podemos resumirla así:

- a) El itálico, por herencia indoeuropea, tenía un solo dativo en los femeninos (*-*āi*) y en cambio dos formas de dativo temático: *-*ōi* y *-*ōia*²⁵.
- b) La desinencia *-*ōia* daría fonéticamente *-ō* en itálico común. De las dos desinencias de dativo temático resultante (*-*ōi* y *-ō*) cada lengua itálica generalizaría una. El latín, como es sabido, eligió *-ō*.
- c) En los dialectos itálicos en que se generaliza *-ō* para el masculino, se crea una forma analógica *-ā* para el dativo femenino. Ello explicaría por qué no existe una forma *-*ā* de locativo: el locativo temático era en *-*oi* (> *-ei* > *-ī*).

²⁵ Con la forma *-*ōia* pretende dar cuenta Bartholomae del dativo indio *-āya* y de los hechos avésticos, lengua en que hay dos formas de dativo temático: *-āi* y *-āiā*.

Esta doctrina de Bartholomae se hace acreedora de la misma crítica que él ejercía contra la explicación por sandhi. En efecto, si el latín contó en un momento determinado con dos desinencias de dativo temático ($*\bar{o}i$ y \bar{o}) no se explica que ejerciera una elección contraria a la forma única existente en el femenino ($*\bar{a}i$). La precaria analogía que invoca el autor con el dativo de la tercera que sería a la sazón $/\bar{e}/$ no resulta suficiente para explicar por qué en ese caso se va a contrariar la tendencia mucho más firme y constante a nivelar la segunda con la primera declinación. Por otra parte, plantea problemas de cronología relativa: no resulta evidente que la elección latina de \bar{o} se realizara en un momento en que el diptongo $/ei/$ hubiera monoptongado ya en $/\bar{e}/$.

El trabajo de Bartholomae recibió una réplica rápida y enérgica de Solmsen²⁶, quien, por lo demás, se limita a repetir la tesis del origen en sandhi de los dobles $\bar{a}/-ai$ y $\bar{o}/-oi$, intentando hacer frente a las objeciones y argumentos de Bartholomae:

1. No habría testimonio de \bar{a} como locativo por razones meramente estadísticas: los locativos son muy escasos en las inscripciones.
2. Las formas \bar{o} y \bar{a} no tienen por qué haberse generado en itálico común. Pueden haber surgido ya en las lenguas itálicas particulares.
3. La forma $*\bar{o}ia^x$ es poco verosímil, aunque no imposible.
4. Mientras no aparezcan testimonios de \bar{o} en textos genuinamente osco-umbros, sin influencia latina, el autor seguirá considerando esa forma como un desarrollo puramente latino.
5. La elección de \bar{o} estaría motivada por la preferibilidad de las formas más breves sobre las más largas.
6. En cambio \bar{a} no podía prosperar por el peligro de confusión con el nominativo de singular.

Algunas de estas aclaraciones de Solmsen no resultan tampoco satisfactorias. Así, los motivos de la elección de \bar{o} permanecen sin clarificar. El nominativo de singular en \bar{a} carece de todo testimonio latino seguro²⁷. La preferibilidad de las formas más breves no explica la ruptura de la tendencia a igualar las desinencias de la primera y la segunda declinación en latín, si tenemos en cuenta que precisamente esa tendencia impuso $\bar{o}rum$ como genitivo de plural en la segunda (forma

²⁶ F. Solmsen 1911.

²⁷ M. Leumann 1963, p. 264; 1977, p. 418.

más larga que *-um*) por analogía con *-ārum*. El considerar meramente latino el dativo temático en *-ō* puede tener alguna justificación si se tienen en cuenta solamente los datos del itálico. Y aun así hay que tener en cuenta que *-ō* se encuentra también en vestino y peligno. Pero carece de toda base si se contemplan en conjunto los hechos de todas las lenguas indoeuropeas, como luego veremos.

Finalmente, y como reparo general a toda versión de la explicación por sandhi, resultaba atinada la observación de Hehl²⁸ de que el supuesto reparto originario de las variantes *-ā/-ai* en posiciones distintas no ha guardado ninguna huella histórica. Por ello, la explicación de estas alternativas como variantes de sandhi no pasa de ser una hipótesis no confirmada por hechos distribucionales.

Unos años después de la polémica entre Bartholomae y Solmsen, al hacer la historia de la indogermanística en el ámbito de las lenguas itálicas, Walde²⁹ acepta las tesis tradicionales con las aclaraciones de Solmsen, considerándolas como el resultado, aceptado generalmente, de la indagación sobre el dativo latino en *-ā*. Y añade de su cosecha una nueva razón para explicar que no prosperara *-oi* en los masculinos y sí *-ai* en los femeninos: el diptongo /ai/ era a la sazón frecuente y, por consiguiente, aceptable a los usos fonéticos. No lo era, en cambio, /oi/ que iniciaba entonces su evolución hacia /ū/ en otras posiciones.

En los años subsiguientes la explicación del dativo epigráfico latino en *-ā* como tratamiento alternativo de sandhi va a ser casi universalmente aceptada.

Para completar esta breve historia de la cuestión añadiré unas palabras sobre las opiniones relacionadas con el encuadre dialectal de este dativo.

La primera propuesta en este terreno es la de Sittl³⁰, quien con unos datos muy incompletos (desconoce los ejemplos de Roma y el Lacio) otorga el mayor peso testimonial a los ejemplos pisaurenses y considera, en consecuencia, que se trata de un hecho dialectal de la Umbría, concretamente de PISAURO. Desde allí habría irradiado la innovación hasta alcanzar Sicilia³¹.

Ya señalamos más arriba que Meister interpretó este dativo como propio de la lengua vulgar. Para Meister han debido coexistir desde antiguo y hasta épocas tardías tres desinencias de dativo femenino:

²⁸ A. Hehl 1912, p. 31.

²⁹ A. Walde 1916, pp. 197-99.

³⁰ K. Sittl 1882, pp. 2-3.

³¹ Cf. lo dicho más arriba sobre *CIL* I² 2221, el supuesto ejemplo siciliano.

$-ai$ (luego $-ae$), \bar{a} y \bar{e} , aunque ni \bar{a} ni \bar{e} fueron nunca aceptadas en la lengua literaria³².

Hehl³³ señaló que los ejemplos de dativo en \bar{a} del latín preclásico enlazan, a través de los de la época imperial, con los primeros síntomas de confusión en el uso de los casos en ejemplos de los siglos IV y V d. C., y se continúan con diversos ejemplos de época merovingia.

Finalmente, Lazzeroni entiende que no deben ponerse en relación los casos tardíos, debidos a una incipiente confusión de la flexión nominal, con los preclásicos. Respecto a estos últimos considera, como ya vimos, que se trata de un rasgo dialectal del Lacio no urbano, que se extiende a las zonas limítrofes, y a otras zonas de Italia colonizadas por elementos laciales no romanos³⁴.

V. CRÍTICA DE LA EXPLICACIÓN POR SANDHI

La explicación por sandhi de las variedades latinas de dativo $\bar{a}/-ai$ y $\bar{o}/-oi$ tiene los siguientes puntos débiles:

1. Ningún hecho distribucional garantiza ese origen, como acertó a señalar Hehl³⁵. Pero por añadidura, ningún otro hecho en la fonética latina reproduce un fenómeno similar. Es un tratamiento *ad hoc*, sin paralelos.
2. Una vez admitida la coexistencia de las variantes $\bar{a}/-ai$ y $\bar{o}/-oi$ no se explica una elección contraria entre femeninos ($-ai$) y masculinos (\bar{o}), que va contra la fuerte tendencia a igualar las respectivas desinencias.
3. Esa explicación trata en pie de igualdad el dativo femenino en \bar{a} y el masculino en \bar{o} , cuando los datos comparativos demuestran que se trata de dos hechos de alcance muy diferente. Como éste resulta ser un punto clave en la doctrina que voy a desarrollar, lo explicaré en los párrafos que siguen.

Como hemos visto en páginas que anteceden, un dativo en \bar{a} es un hecho dialectal meramente latino, o a lo sumo de algún dialecto sabélico (peligno) también. Nada permite suponer un dativo indoeuropeo en \bar{a} .

³² K. Meister 1909, p. 82.

³³ A. Hehl 1912, p. 31.

³⁴ R. Lazzeroni 1965.

³⁵ A. Hehl 1912, p. 31.

Por el contrario, hoy es ampliamente admitida la existencia de un dativo temático indoeuropeo en $-\bar{o}$. En otro trabajo³⁶ he puesto de manifiesto que ese dativo en $-\bar{o}$ está atestiguado ora como desinencia regular ora en forma relicta, en latín, celta, germánico, báltico, hetita, indio e iranio. Es decir, en la gran mayoría del ámbito dialectal indoeuropeo.

Creo haber demostrado allí respecto a esa desinencia $-\bar{o}$:

- a) Que entre ella y la tradicionalmente reconstruida $-\bar{o}i$ no existe una relación fonética, de modo que $-\bar{o}$ no procede de $-\bar{o}i$ por pérdida del segundo elemento del diptongo largo, ni como tratamiento incondicionado ni en relación con hechos de sandhi, ni indoeuropeo ni latino o itálico.
- b) Que entre $-\bar{o}$ y $-\bar{o}i$ la forma más antigua es $-\bar{o}$.
- c) Que $-\bar{o}i$ es una forma recharacterizada mediante la adición de $-i$ a la antigua $-\bar{o}$ bajo la presión analógica de todos los demás dativos, que contenían una $/i/$ en su desinencia: $-(e)i$, $-ai$.
- d) Que la innovación $-\bar{o}i$ no se generalizó ni se hizo obligatoria en la lengua común, de modo que diversos dialectos heredaron (únicamente) $-\bar{o}$.

VI. ORIGEN DEL DATIVO EPIGRÁFICO LATINO EN $-\bar{a}$

La situación más antigua de las desinencias de dativo en los temas en $-\bar{a}/-\bar{a}$ y en los temáticos es, de acuerdo con lo que precede, la siguiente:

Temas en $-\bar{a}/-\bar{a}$:	Dativo $-\bar{a}i$
Flexión Temática:	Dativo $-\bar{a}$
(Restantes tipos:	Dativo $-(e)i$).

Varias lenguas indoeuropeas han mantenido esa asimetría entre masculinos y femeninos durante dilatados períodos de tiempo, incluso algunas indefinidamente. Entre ellas, el gótico (dat. masc. $-a < -\bar{a}$ / fem. $-ai < -\bar{a}i$), lituano dialectal (dat. masc. $-u, -uo < -\bar{a}$ / fem. $-ai < -\bar{a}i$), latín, y en parte el celta.

Desaparece así el más grave problema que obstaculizaba las diferentes explicaciones hasta ahora examinadas. En efecto, no se trata de que el latín haya efectuado una elección contraria para el dativo mascu-

³⁶ F. Villar 1985.

lino y femenino a partir de dos dobles paralelos, a contrapelo de la potente tendencia a nivelar las desinencias de la primera y la segunda declinación. Se trata simplemente de que en latín se mantiene la situación heredada. Se trata de un arcaísmo latino.

Avanzando un paso más debemos preguntarnos si la tendencia mencionada se dejó sentir en latín y qué efectos tuvo.

Dada esa tendencia, la nivelación puede producirse teóricamente en cualquiera de las dos direcciones:

- 1) Añadiendo /i/ al masculino: $-\bar{a}i/-\bar{o}$ pasará a $-\bar{a}i/-\bar{o}i$.
- 2) Creando para el femenino una forma analógica sin /i/: $-\bar{a}i/-\bar{o}$ pasará a $-\bar{a}/-\bar{o}$.

La primera de esas dos soluciones puede encontrarse en cualquier lengua indoeuropea y no sólo en las que muestran tendencia específica a nivelar las desinencias de masculino y femenino. A ello ya hemos aludido. En efecto, la introducción de /i/ en el masculino puede responder a la presión analógica del conjunto de los dativos con /i/.

En cambio, la segunda solución parece posible sólo en lenguas en que la razón determinante sea la nivelación de las desinencias de masculinos y femeninos, pues se realiza contrariando la analogía de los restantes dativos.

Es claro que la solución $-\bar{a}i/-\bar{o}i$ resulta la más satisfactoria al dar cumplimiento simultáneamente a ambas tendencias: que todos los dativos tengan /i/ y que las desinencias de dat. masc. y fem. sean paralelas (para las lenguas en que esta segunda tendencia existe). Por ello no es de extrañar que ésta sea la solución más frecuentemente encontrada.

Dentro de las lenguas itálicas $-\bar{a}i/-\bar{o}i$ es la solución que se encuentra en la inmensa mayoría de ellas: osco, umbro, falisco, véneto, etc. No es fácil pronunciarse respecto al peligro por las dudas existentes sobre la latinidad de sus dativos sin /i/.

En latín clásico, en cambio, se mantiene la situación heredada. Conviene ahora indagar por qué. La respuesta más probable la encontramos en la cronología relativa de los hechos. El latín ha debido mantener el arcaísmo largo tiempo, mientras no se produjo la tendencia a nivelar las desinencias de masculinos y femeninos. Cuando esa tendencia se genera, el diptongo del dativo femenino ha debido estar abreviado ya en $-ai$, de modo que ahora tendríamos $-\bar{o}/-ai$. La analogía hubiera llevado a un dativo masculino $-\bar{o}i$ ³⁷.

³⁷ Sobre el tratamiento de los diptongos latinos $-\bar{a}i$ y $-\bar{a}i$ cf. F. Villar, en prensa.

Que esa innovación se intentó de hecho parece probado por unos escasos testimonios indirectos de un dativo en *-oi*³⁸: *Populoi Romanoī*, etcétera. Pero ese intento no prosperó. Y la razón la señala acertadamente Walde al poner de relieve que el diptongo latino *-oi* en posición final dio muy pronto *-ei*, que como forma de dativo temático resultaba inconveniente porque suponía una confusión con el dativo de la tercera declinación, siendo así que 2.^a y 3.^a mantenían sus desinencias bien diferenciadas en la práctica totalidad de los casos. Por añadidura, *-ei* como dativo de los masculinos ya no resultaba paralelo al femenino *-ai*. La forma realmente paralela *-oi* se había hecho fonéticamente inexistente.

La solución alternativa era crear un dativo femenino en *-ā*, y ésta es la representada por nuestros dativos epigráficos en *-ā*. En principio, nivelar en *-ō/-ā* cuenta con el inconveniente ya mencionado de ir contra la tendencia a dotar a todos los dativos de una /i/. En un primer momento ésta debió de ser la circunstancia que impidiera una rápida implantación de *-ā* con la consiguiente eliminación de *-ai*.

Pero, poco después, los dativos en *-ei* dieron *-ē* (luego *-ī*) y el dativo femenino *-ai* dio *-ae* (y luego *-ē*, desde muy pronto en la lengua no literaria). Este conjunto de alteraciones en los diptongos provocó fonéticamente la nivelación de los dativos latinos de las tres primeras declinaciones al pasar a consistir ya todos ellos en una vocal larga, respectivamente *-ē*, *-ō* y *-ī*.

La innovación *-ā* (a imitación de *-ō*) debió, pues, surgir en un momento en que los diptongos /ei/ y /ai/ eran aún diptongos. Pero, de acuerdo con los datos de que disponemos, nunca pasó a la lengua literaria, sino que se mantuvo en el habla vulgar (en el sentido más arriba expresado). Una vez introducido, el dativo femenino en *-ā* pudo, tal vez, subsistir incluso en etapas en que la lengua culta y literaria había sufrido ya la nivelación fonética de los dativos.

F. VILLAR

BIBLIOGRAFÍA

- Alföldy, G. 1981: «Die älteste romische Inschrift der iberische Halbinsel», *ZPE* 43, pp. 1-12.
 Bartholomae, Chr. 1910: «Der Dat.-Ausgang der o-Deklination im Lateinischen», *SbHAW*. Heidelberg.

³⁸ *Numasioi* de *CIL* I² 3 (Fíbula de Preneste) podría ser falso (cf. M. Guarducci 1980); *duenoi* es dudoso (cf. F. Goldmann 1926, pp. 141-42). Los ejemplos *Populoi Romanoī* en Mario Victorino VI 17, 18 (ed. Keil).

- Blümel, W. 1972: *Untersuchungen zu Lautsystem und Morphologie des vorklassisches Lateins*. Munich.
- Brugmann, K. und Delbrück, B. 1897-1916: *Grundriss der vergleichende Grammatik der indogermanischen Sprachen*, I-V. Estrasburgo.
- Ernout, A. 1903-1906: «Le parler de Préneste d'après les inscriptions», *MSL* 13, pp. 293-349.
- 1953: *Morphologie Historique du Latin*. Paris.
- Goldmann, E. 1926: *Die Duenos-Inschrift*. Heidelberg.
- Guarducci, M. 1980: «La cosiddetta fibula Praenestina», *MAL* 24, pp. 413-574.
- Haas, O. 1962: *Messapische Studien*. Heidelberg.
- Hehl, A. 1912: *Die Formen der lateinischen ersten Deklination in den Inschriften*. Tübingen.
- Hirt, H. 1892: «Vom schleifenden und gestossenen Ton in den indogermanischen Sprachen», *IF* 1, pp. 195-231.
- Kajanto, I. 1967: «Contribution to Latin morphology», *Arctos* 5, pp. 67-77.
- Konjetzny, W. 1908: «De idiotismis syntacticis in titulis latinis urbanis conspicuis», *ALL* 15, pp. 297-351.
- Lazzeroni, R. 1962: «Le più antiche attestazioni del nom. pl. $\bar{a}s$ in latino e la provenienza dei coloni pesaresi», *SSL* 2, pp. 106-22.
- 1965: «Il dativo 'sabelico' in -a. Contributo alla conoscenza della latinizzazione dei Peligni», *SSL* 5, pp. 65-86.
- Lejeune, M. 1971: *Lepontica*. Paris.
- Leumann, M. 1963: *Lateinische Laut- und Formenlehre*. Munich.
- 1977: *Lateinische Laut- und Formenlehre*. Munich.
- Lewis, H. and Pedersen, H. 1937: *A Concise Comparative Celtic Grammar*. Göttingen.
- Meister, K. 1909: «Altes Vulgarlatein», *IF* 26, pp. 69-90.
- Mommsen, Th. 1850: *Die Unteritalischen Dialekte*. Leipzig.
- Monteil, P. 1970: *Eléments de phonétique et de morphologie du Latin*. Paris.
- Palmer, L. R. 1954: *The Latin Language*. Londres.
- Pisani, V. 1962: *Grammatica Latina*. Turín.
- 1964: *Paideia* 19, pp. 211-15 (reseña a O. Haas, *Messapische Studien*, Heidelberg 1962).
- Planta, R. von 1893-1897: *Grammatik der oskisch-umbrische Dialekte*, I-II. Estrasburgo.
- Prokosch, E. 1939: *A Comparative Germanic Grammar*. Filadelfia.
- Ribezzo, F. 1920: «Esistenza e uso del genitivo dedicatorio nel latino preletterario», *RIGI* 4, pp. 77-82.
- Ritschl, F. 1859: «Epigraphische Briefe», *RhM* 14, pp. 378-418.
- 1861: «Vocalunterdrückung in der Schrift; pränestinisches Latein», *RhM* 16, pp. 601-614.
- Schmoll, U. 1959: *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberisch*. Wiesbaden.
- Sittl, K. 1882: *Die lokale Verschiedenheiten der lateinischen Sprache mit besonderer Berücksichtigung des afrikanischen Lateins*. Erlangen.
- Smith, C. 1983: «Vulgar Latin in Roman Britain: Epigraphic and other Evidence», *ANRW* II 29/2, pp. 893-948.
- Solmsen, F. 1911: «Zur Geschichte des Dativs in den indogermanischen Sprachen», *KZ* 44, pp. 161-223.
- Sommer, F. 1948: *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*. Heidelberg.
- LIV, 1.º — 5

- Streitberg, W. 1963: *Urgermanische Grammatik*. Heidelberg.
- Thurneysen, R. 1975₂: *A Grammar of Old Irish*. Dublin.
- Vetter, E. 1953: *Handbuch der italischen Dialekte*, I. Heidelberg.
- Villar, F. 1981: *Dativo y Locativo*. Salamanca.
- 1985: «El dativo temático indoeuropeo», *Symbolae Mitxelena*. Vitoria, pp. 31-48.
- (en prensa): «The Latin diphthongs -ai, -āi in final syllables. Correction of a phonetic law», *IF*.
- Walde, A. 1916: «Die italischen Sprachen», *Geschichte der indogermanischen Sprachwissenschaft* II 1, pp. 127-30. Estrasburgo.